

encuentran allí kalmucos, procedentes de las fronteras de la China.

Los cosacos son gente indolente, perezosa; sus funciones les imponen pocos deberes, y sin embargo les parece el cumplirlos cosa pesada; su existencia ociosa ha desenvuelto entre ellos tal debilidad de carácter, cual no es posible imaginar. He llegado á ver mozos de veinte años que lloraban como niños porque les habian dado el té algo mas tarde que de costumbre.

Inhábil para el trabajo, adorando sobre todas las cosas el *far niente*, la poblacion se mantiene de caza y de pescado por no tomarse el trabajo de cultivar los campos. En cuanto al dinero, viene por el tráfico y el negocio: los berezowianos venden pieles á los ostiakos, que éstos pagan á buen precio.

22 junio.—Triste y á la vez caro aniversario! Hoy hace diez y ocho años que vino al mundo mi hija mayor: un abismo me separa de aquel ser adorado... ¡Dios proteja á mi Paulina! Al despertar he orado por ella. La Providencia habia colmado de dones á mi hija, que es buena, inteligente, veraz, sumisa, tierna para su madre... Necesario ha sido dejar este tesoro; y ella, apenas entrada en la vida, tiene la mision de reemplazarme cerca de los míos.

Quisiera estar sola, porque entonces estaria mas con mi hija: nada se interpondria entre ella y mi pensamiento; pero la casualidad ha arreglado las cosas de otro modo. Todos mis conocimientos parecen haberse concertado para invadirme: aquí no se puede cerrar la puerta á nadie.

1.º julio.—El Océano Glacial nos envia ráfagas de viento que han desterrado los mosquitos cínifos; pero los comunes se mantienen firmes, y son casi tan insufribles como aquellos. Sin embargo, hemos hecho una escursión por el bosque y por las orillas del río. Hemos visitado, en cuanto es posible, las chozas de los ostiakos: lo poco que estas gentes necesitan para vivir, será un perpétuo motivo de admiración para nosotros los europeos. Los ostiakos viven y mueren en sus infectas chozas; y nosotros, á pesar de nuestra curiosidad, no pudimos permanecer mas de un minuto en aquellas habitaciones de donde se exhalan miasmas pútridos. Esto se comprenderá cuando diga que los ostiakos llevan por primera vestidura una capa de grasa rancia que cubre su epidermis, y encima una piel de reno. Todo lo comen crudo, pescado y caza, que son su ordinario sustento; pero de tiempo en tiempo vienen á Berezw provistos de grandes sacos de corteza de árbol, para recoger los derechos de las cocinas, en que cifran sus delicias.

6 julio.—Desde mi llegada, tres veces han traído cartas los buques; pero ¡ay! ninguna para mí. ¿Sabe mi familia dónde estoy? ¿Sabe si existo siquiera?... Yo aprovecho todas las ocasiones para escribir; mas

no recibe noticia alguna. ¿Llegan mis cartas á su destino?

Un calor pesado, sin el menor soplo de viento, ha sido precursor de una tempestad espantosa. Rugia el trueno; los relámpagos abrasaban las nubes, y han caído sobre la tierra trombas de agua. Después de un trueno que ha hecho retemblar los cristales de la casa, mi huésped y todos sus hijos han entrado en mi cuarto precipitadamente y aterrados, á pedir á la Santísima Virgen y á los Santos que les libren del rayo y del incendio. Toda la familia se prosternó, con la frente en el suelo, y oró en alta voz.

Por mi parte, permanecí tranquila y resignada: no hay cosa ya que pueda conmoverme...

11 julio.—Hemos recibido una invitación del alcalde, que reúne en su casa una numerosa tertulia para celebrar los días de su esposa. Gracias á los consejos de la señora X, no hemos traspasado los límites de la etiqueta. Aquí ha establecido el uso, que un convidado no se presente hasta haber sido invitado por segunda vez; por consiguiente, á las siete de la noche ha venido un enviado á rogarnos de nuevo en nombre del señor alcalde. Sin embargo, nos hemos hecho esperar: así lo exige la moda; pero á las diez entrábamos en el salón de la autoridad local.

La reunión era numerosa. En la primera pieza jugaban los hombres al boston y bebían mucho ponche. Las mujeres, con sus mas hermosos atavíos, estaban como acorraladas en la segunda pieza. El tocado indica á qué clase de la sociedad pertenece cada mujer. La clase privilegiada lleva gorritas riquísimamente adornadas; la clase mas inferior gasta pañuelos bastante artísticamente rizados; pero á pesar de estas distinciones exteriores, existe una igualdad real entre todos los individuos. Esta igualdad no consiste, como en Europa, en vanas palabras, en rimbombantes declamaciones; aquí la igualdad es sencilla, verdadera: es un hecho que nadie pone en duda, y en que nadie piensa.

Habían colocado delante del canapé una larga mesa cubierta de confites, pasteles, dulce seco y nueces de cedro. Esta colación, llena de lujo y delicadeza, estaba reservada para las señoras. Mas tarde sacaron el té, y luego el café; pero el café es un refinamiento de que no se abusa. Hé aquí de qué manera lo preparan. La víspera, se le hace hervir por algún tiempo, y al día siguiente se repite la operación y se le añade leche fría. Esta preparación no sabe precisamente á café; pero no es desagradable.

Las mujeres juegan de buen grado al boston: las que no gustan del juego, roen toda la noche nueces de cedro: esta es su diversion, su único pasatiempo, pues no hablan. A media noche quisimos nosotras retirarnos, pero el amo de casa nos dijo que no lo consentiría, pues que iba á servirse la cena.

A las dos de la madrugada nos sentamos á la mesa. Todos los manjares estaban fríos, excepto un plato de *piroguis*. Había no sé cuántas lenguas de buey y de reno, preparadas de diferentes maneras y adornadas con follages, flores y ruedas de limón; además jamones de Tobolsk, lechoncillos y ocas cebadas.

Después de este primer servicio, viene el segundo compuesto de chuletas y de toda especie de caza sazónada con azúcar, cebollas y ciruelas: horrible mezclanza que nos daba náuseas; pero los berezowianos no son melindrosos, y devoraron el segundo servicio como habían hecho con el primero.

Pero no concluye aquí. Había un tercer servicio, cuyo plato central era un buey asado; un buey asado y rodeado de piezas de caza, asadas también...

¡Tampoco concluye aquí! El cuarto servicio no se hizo esperar; pero este era mas modesto: un cocido de arroz nadando en una salsa blanca.

El quinto servicio era mas corroborante. Componíase de jeletinas rodeadas de salsa de vino perfumado con clavo de especia, y pastas secas.

Esta comida homérica estaba destinada á cincuenta personas á lo mas. Al ver aquella abundancia, aquel exceso, aquella prodigalidad, pensaba yo que los últimos servicios se los llevarían intactos; pero no había contado con los estómagos berezowianos. Todo desapareció: todo fue engullido; y nadie parecía incomodado por el trabajo la digestión.

En el momento que quisimos retirarnos, se apoderó la dueña de la casa de un azafate lleno de vasitos, y ofreció á todos un vino dulce y espumoso, hecho con jugo de frambuesas, azúcar y aguardiente de Francia. Esta bebida se llama *apogar*. Su distribución es la señal tácita de la marcha, que todos ejecutan sin decir una palabra.

13 julio.—Hoy he asistido á un casamiento. Hé aquí como se verifica la ceremonia nupcial.

Por lo regular, la joven pareja va á pie á la iglesia, mas esta vez, por escepcion, suele colocarse á la novia en un carro cubierto con un tapiz, y arrastrado á brazos. El novio se habia adelantado, y á la aproximación del cortejo salió de la iglesia para ir al encuentro de su amada. Diéronse varios ósculos, y luego se acercaron á un altar levantado en medio de la nave.

El sacerdote leía sus oraciones en un misal, y el sacristán cantaba en alta voz los deberes del matrimonio. Los esposos no se hacen ningún juramento, ni se prometen amarse: cambian de anillos, y después de este dulce cambio, el esposo coloca la corona de flores simbólicas sobre la frente de su esposa. Después, la joven pareja da tres vueltas en derredor del altar, y últimamente se besan de nuevo y la ceremonia queda terminada.

Al volver de la iglesia he sabido la muerte de Severino Kryzanowski, acaecida en Tobolsk el 13 de julio. ¡Paz á las cenizas de ese gran ciudadano! ¡Que Dios haya recibido en el seno de su misericordia al mártir de la causa nacional!

20 julio.—¡Al fin recibo cartas! Tengo delante de mis ojos una de mi hija. La he reconocido mucho antes de romper el sobre... Nadie puede imaginarse qué emoción causa una carta á tanta distancia y en mi situación... ¡Estoy loca de alegría!... ¡Estoy llorando! Mi adorable hija quiere venir á reunirse conmigo. ¿Puedo aceptar tal sacrificio? ¿Debo rehusar ese consuelo? Por otra parte, me invitan á que desuade á Paulina de su proyecto. ¿Qué haré, gran Dios?...

El verano en Berezw.

Estamos en medio del verano, y ya se deja sentir el otoño: las hojas amarillean y las flores mueren en las heladas de las noches. Las aguas, que se habían retirado, avanzan á paso de gigante: toda la naturaleza recobra su ruda tristeza.

Escritas mis cartas, que deben marchar mañana, he sentido la necesidad de una soledad absoluta, y me he ido á pasear por el bosque. Mi pensamiento estaba tan lejos de allí, que me he extraviado; y vagando á la ventura he acabado por encontrar un riachuelo, que me ha servido de guía caminando contra su corriente y siguiendo sus sinuosidades. Buscando mi camino he encontrado dos ostiakos cumpliendo sus deberes religiosos. Hé aquí en qué consiste esto. Se sientan delante de un árbol, y si es un alerce, mejor, en el sitio mas retirado y espeso del bosque. Creyéndose allí en seguridad, y lejos de todas las miradas, se entregan á contorsiones epilépticas, remueven las piernas y los brazos, y se agitan como endemoniados. Estas demostraciones paganas les están prohibidas; pero, á pesar del cristianismo que han abrazado, son y serán siempre paganos.

Confieso que me he asustado al verme frente á frente con dos ostiakos, que podían matarme y sacrificarme á sus dioses infernales, para que no pudiese revelar su secreto. Me han dejado pasar, sin embargo, y he regresado á Bezerow, jurando no volver á ser tan valiente en lo sucesivo. La verdad es que he escapado milagrosamente de un gran peligro; pues me han contado que una mujer que, como yo, se arriesgó demasiado en el bosque, había desaparecido para siempre.

El tiempo es sombrío y lluvioso, y acortan los días: yo me veo obligada á encender mi lámpara en la mitad del día. Me dedico á bordar, porque esto ocupa y no impide pensar: además tengo el recurso de una biblioteca bastante considerable y compuesta de libros rusos, polacos, franceses y alemanes. Un pola-

co, desterrado como nosotras, el conde Pedro Moszynski, dejó esta biblioteca al partir de Bezerow, y hoy pertenece á la ciudad, y se encuentra á disposición de sus habitantes y de los desterrados.

Acabamos de ver algunos samoyedos que vienen de las costas del Mar Glacial á comprar aguardiente, cosa que les gusta sobre todas. Los samoyedos son de estatura mas elevada que los ostiakos; tienen los cabellos y los ojos negros; llevan afeitada la cabeza y con un solo mechón en lo mas alto; cuando les empieza á salir la barba, se arrancan los pelos, hasta que consiguen que la barba les quede completamente lisa. El idioma de los samoyedos no tiene ninguna semejanza con el de los ostiakos; pero á semejanza de estos, visten de pieles de reno.

Las mujeres llevan cinturones de cobre dorado, con perlas de color, y á la altura del codo una especie de brazaletes de los que cuelgan cascabeles. Los samoyedos son paganos: adoran al sol, á la luna, al agua y á los árboles: en una palabra, convierten en divinidad todo cuanto ven; y estas groseras creencias no les libran de una estrema superstición.

La helada de hoy se asemeja á las que caen en Polonia en el mes de diciembre. Las barcas de los pescadores entran cargadas de pescado, que venden en seguida á los negociantes de Tobolsk.

Hoy he asistido á la fiesta de la *col*: es una solemnidad que se celebra aquí todos años en la misma época. Cada familia, ayudada por sus vecinos, se pone á picar coles; cuando esta primera preparacion no deja ya nada que desear, se la cubre de sal gruesa, y se pone en seguida en pucheros, que se bajan á la cueva, con lo cual quedan los víveres asegurados para todo el invierno.

En la noche de este gran día se toma té y se cena en reunion y se baila... pero ¡qué baile! Es necesario verlo para creerlo: se baila sin música; es decir, solo por el placer de cansarse.

Los habitantes de Berezow están aterrados. El hermano de la señora X..., que habia ido de caza, ha vuelto precipitadamente diciendo que ha visto un oso negro devorando una vaca negra: al instante se han puesto en lugar seguro todas las vacas negras.

Los berezowianos dotados de algun valor, luchan con el oso á tiros ó á hachazos, aunque mas generalmente usan un cuchillo grande de ancha hoja y afilada punta. Así armado el cazador, se presenta delante del animal, que permanece inmóvil, fascinado por la mirada del hombre; pero á poco se levanta el oso sobre sus garras traseras para arrojarle sobre su presa, en cuyo momento no debe esperarse ni titubear un segundo: el cazador se precipita y hunde su cuchillo en el vientre de la fiera. Cuando esta cae, le quitan la piel y se corta su carne para comerla. Los ostiakos cortan las cuatro patas al animal, para ofre-

cerlas á sus divinidades, con lo cual creen haber expiado el crimen de la sangre derramada.

La señora de X... acaba de celebrar el aniversario de la muerte de su primer marido. ¡Qué ceremonia tan estraña! Nada de aquí se parece á lo que se ve en los países civilizados. Cuanto mayor es el respeto que se tiene á la memoria del difunto, mas abundancia hay de tortas con dulce ó con uvas de Corinto. La señora X... no ha economizado. Exige la costumbre que se envíe una torta á cada uno de los miembros de la familia del difunto, y además se hace llevar á la iglesia una gran fuente de arroz cocido con miel. Despues de la misa conmemorativa, se distribuye este manjar entre los asistentes; y si, por una circunstancia imprevista no ha podido alguno asistir á la iglesia, se le envia religiosamente á domicilio una porcion del arroz. De vuelta á su casa, la señora X... ha servido de nuevo arroz á todos sus convidados. Este arroz fúnebre está acompañado ó seguido de gran cantidad de manjares de toda especie. A pesar del dolor que requerian las circunstancias, se hizo mucho honor á la comida.

Todo el país está cubierto de una espesa capa de nieve.

Los habitantes ofrecen el aspecto de un ganado de animales: van cubiertos de pies á cabeza con pieles de reno, con pelo en la parte exterior. Su traje, lo mismo que el de los ostiakos, se compone de dos vestidos. El primero se llama *maltza* y el segundo *parka*. Estos vestidos envuelven al hombre por completo, y solo dejan un agujero pequeño á los ojos, otro á la boca y dos á las orejas. Con semejantes precauciones bien puede desafiarse á un frío de cincuenta grados. El rigor del tiempo no es, pues, para los indígenas causa de muerte ni de enfermedad. Si por ventura se les hiela la boca ó las orejas, se frotan con aguardiente frío, y fuera de una leve rubicundez, pronto desaparecen hasta las huellas del mal.

Las mujeres ostiakas llevan un traje que se diferencia poco del de los hombres, salvo el velo que no dejan nunca delante del padre y del hermano mayor de su marido; en presencia de estraños no observan esta regla. En cuanto á sus vestidos de fiesta, son enteramente femeninos. Las mujeres ostiakas, tienen, en general, largos cabellos, que dividen en anchas trenzas, y les caen hasta los talones; en estas trenzas ponen sartas de perlas que terminan con una especie de medalla grande como una pieza de cinco francos. Visten faldas de paño colorado ó de otro color vistoso; por encima de las faldas un jubón de paño de color claro, y alrededor de la cintura, cascabeles, que producen un sonido argentino á cada movimiento que hacen. Lo que da á este traje un aspecto pintoresco, es un largo velo colorado guardado de cintas azules, que envuelve todo el cuerpo,

sin perjuicio de la gracia de los movimientos. Este velo se llama el *vakschéni*. Hombres y mujeres ostiakos se pintorrotean con color azul, como se practica en la América del Norte. Esta similitud de costumbre no prueba que entre esos pueblos mediaban relaciones anteriores al descubrimiento de Cristóbal Colon?

Se me olvidaba decir que despues de la nevada, han

hecho entrar en la ciudad un gran ganado de osos blancos, cuyos animales tienen el aspecto casi pacífico ó inofensivo. Su piel es un objeto de comercio.

8 setiembre 1839.—Cuando un ostiako ve una mujer que le gusta, si la quiere de veras, se dirige ante todo á los padres, y segun la fortuna que posee, paga una cantidad que le da inmediatamente derecho á llevarse aquella mujer y de considerarla como su



Trineo tirado por renos.

legítima esposa. La cantidad mencionada varia, desde cinco ó seis francos, á ciento ó doscientos, segun los medios de él y el mérito de ella. En cuanto al matrimonio cristiano, se someten á él segun su conveniencia, ó segun la posibilidad.

Las luces del cristianismo penetran muy lentamente en el espíritu de estos pueblos salvajes; y puede tan poco en ellos la religion, que un ostiako, despues de haber recibido el bautismo, conserva muchas veces sus costumbres paganas. Casi todos los ostiakos llevan encima la imagen grosera de las divinidades que adoran, bajo el nombre de *Schaitan*, lo que no les impide llevar sobre el pecho una cruceci-

ta de cobre. El *Schaitan* representa una figura humana esculpida en madera, ó mas bien tallada en un pedazo de leña. Es de diferentes tamaños, segun el precio y segun el uso á que se la destina. El que se lleva encima, es pequeño; el que adorna la casa, mayor; pero en todas circunstancias el dios está cubierto con siete camisas bordadas de perlas, y además le cuelgan al cuello monedas de plata. El dios ocupa el puesto de honor así en las chozas como en las cabañas; y antes de empezar una comida, se tiene buen cuidado de ofrecerle el mejor bocado, embadurnándole los labios con pescado ó caza cruda; cumplido este deber sagrado, se come con toda seguridad.

Tienen sacerdotes, llamados *scha-mans*, los cuales ejercen enorme influencia, que cuidan de mantener por medio de la superstición, y con miras de interés personal: la ambición y el egoísmo no necesitan ciencia ni luces para corromper á los hombres.

18 *setiembre*.—La ciudad está entristecida por la muerte de una jóven, á quien toda la población tenía en grande estima y amor. Se había casado con uno de los negociantes mas ricos de Berezow, y nada faltaba á su felicidad. Iba á ser madre; pero los medios que emplearon para abreviar el parto, la hicieron sucumbir despues de espantosos sufrimientos.

Cuando una mujer en cinta empieza á sentir los dolores, se la hace beber una pócima, compuesta de jabon, pólvora, y otros ingredientes igualmente corrosivos. Despues de esta bebida, se declaran las convulsiones: si la mujer es robusta, puede resistir á tan bárbaro tratamiento; pero si es de débil complejion sucumbe casi instantáneamente, como herida del rayo. En cuanto á la criatura, se salva algunas veces: en este caso se la sumerge en un baño; y si resiste á esto, no hay ya razon para que muera.

El comerciante, que adoraba á su esposa, le ha hecho exequias de gran magnificencia. Cubria el féretro un paño de color de escarlata, con franjas de oro. Cuando la llevaron á la iglesia, se formó la familia de la difunta en torno del cadáver, y la madre del marido se puso á lanzar aullidos lamentables, que interrumpia de vez en cuando para referir la vida, los méritos y las virtudes de la difunta. Despues se entregaron las cuñadas al mismo ejercicio. En cuanto á los asistentes, estraños á la familia, hacian observaciones críticas sobre la manera como se espresaban los actores de esta escena.

Una mujer que habia detrás de mí, decia á la que tenia al lado:—«Verdaderamente, es un gusto oír á la señora T...: no hay quien sepa llorar y sollozar como ella: nunca valdrán tanto sus hijas.»—«Se conoce, le respondieron, que no habeis estado en los funerales del marido de la señora T... Fue cosa admirable: parecia que iba á echar el alma por la boca: gritaba de una manera capaz de conmover la bóveda de la iglesia.»

Esta comedia en la muerte, tenía algo que entristecia el corazón. Yo podia apreciar mejor que nadie la sinceridad de esas demostraciones, pues sabia perfectamente que la suegra y la nuera se detestaban. Despues de la muerte de su jóven esposa, permaneció el viudo tres dias sin comer ni beber; y así fue que durante la ceremonia estuvo á punto de desmayarse, lo que asustó mucho á sus tres hijas que le rodeaban. Las pobres niñas, no comprendian nada de aquel ruido y aquellos gritos, y miraban á la concurrencia con ojos atontados.

Cuando fuimos al cementerio, quiso el viudo pre-

cipitarse en la fosa de su mujer, antes de que bajasen el ataúd, pero le detuvieron sus parientes. Terminada la ceremonia, y cumplidos los últimos deberes, todo el mundo se tranquilizó y quedó indiferente. Disponíame yo á preguntar á los parientes la causa de cambio tan repentino, pero se detuvo la palabra en mis labios, al escuchar conversaciones alegres y animadas, sobre puntos que nada tenían que ver con la situación; no se observaba allí ni el mas leve respeto humano.

Nunca se alabará bastante la estremada probidad de los berezowianos: si por casualidad ocurre un hecho, un delito tocante á la conciencia, se puede tener la seguridad de que el culpable es estrañero en el país, y que este individuo viene en línea recta de la Europa civilizada. Aquí, la propiedad, tanto moviliaria como inmueble, está confiada á la recíproca custodia de todos los habitantes; las puertas no se cierran jamás; no tienen ni cerrojos ni cadenas, y las precauciones son tan desconocidas como el robo.

En cuanto empieza á nacer la yerba empieza á crecer, llevan los caballos y bueyes y al campo, sin que nadie se ocupe en su guarda; los cuadrúpedos pacen por todas partes, sin que nadie suscite la menor reclamación; y cuando la tierra firme no les suministra suficiente pasto, se pasan á las islas del río. Véseles entonces á bandadas, como si todos se hubiesen convocado para la ribera. Durante algunos instantes se les ve vacilar como si se consultaran; despues se echa al agua el mas grande, y le siguen los demás. Así llegan á la isla, que está cubierta de matorrales.

25 *setiembre*.—¡Al fin, respiramos! La señora X... se ha ido: ha tenido el buen pensamiento de irse á vivir á otra parte; pero como quiere á todo trance conservar relaciones con nosotras, nos ha regalado una liebre que dice haber muerto ella misma. Las liebres están aquí muy desdeñadas, y cuando hemos pedido á nuestra huésped que la mande asar, se ha encogido de hombros, y escupido en señal de desprecio, exclamando al fin:—«¡Cómo! ¿Vais á comer ese animal inmundo?»

El invierno.—Los trineos.

5 *octubre*.—A las cuatro es enteramente de noche, y el hielo sube ya á 30° Reaumur, que es la temperatura ordinaria de este clima. Uno de los habitantes de Berezow ha venido con su trineo á convidarnos á dar un paseo, y nosotras hemos aceptado.

El reno es tan grande como un buey de dos años, y se parece á este animal en la pezuña y el hocico; en el resto del cuerpo se parece á la cierva, pero las piernas son aun mas largas y delgadas; sus astas mas largas que las del venado; y su piel es ó blanca, ó bayo claro, y algunos de ellos participan de los

dos colores. Es animal elegante en sus movimientos, y su paso gracioso. Todos los años le caen las astas, pero le vuelven á salir con una hijuela mas. Cuando le caen los cuernos, se pone débil é incapaz de trabajar.

Los trineos se llaman *markes*, y generalmente tiran de ellos tres renos. Una correa que pasa por debajo del vientre del animal, viene á fijarse en el trineo; una sola rienda atada á los cuernos basta para dirigir el tiro; el cochero lleva en la mano, á guisa de látigo, una varita de 3 metros de largo, herrada en su extremo, de la cual se sirve para parar los renos. Tienen éstos el pie tan seguro y ligero, que se mantienen, sin hundirse nunca, en la superficie de la nieve, y se abren camino, sin necesidad de conducirlos por los conocidos.

La rapidez de su carrera es fabulosa; suben á las colinas mas escarpadas, y las bajan sin parar ni acortar el paso; puede, en fin, detenerse en medio de una gran elevación de terreno sin el menor inconveniente.

Los conductores de renos no tienen que ocuparse de la comida de los pobres animales: ellos pacen en las plantas de líquen que encuentran debajo de la nieve. Cuando sienten hambre, dejan el trineo y se van en busca de su planta favorita; y cuando han satisfecho su necesidad, vuelven, sin que sea necesario llamarlos, á tomar su correa. Son valientes y duros para el trabajo; pueden hacer 30 kilómetros sin tomar aliento; y cuando sienten sus fuerzas agotadas, se echan sobre la nieve, descansan un poco de tiempo, y vuelven á emprender la carrera con el mismo ardor que antes; pero si un conductor brutal quiere obligarles á caminar cuando necesitan descanso, se hacen inflexibles, y primero se dejarían matar allí mismo que obedecer. Se dice lo mismo de los tiros de perros que reemplazan á los renos en el Sureste de la Siberia.

Los renos no pueden sufrir el calor; y en el mes de abril se dirigen hácia los montes Urales de nieves eternas. Las personas á quienes pertenecen, les ponen sus marcas cuando van á marchar; hecho lo cual, los abandonan, sin que dejen nunca de volver á su establo al aproximarse el invierno.

La piel de los renos es muy estimada, y se la emplea en diferentes usos: su carne es sabrosa, y sobre todo su lengua es muy apetecida por los gastrónomos: plato es éste, que se sirve en las grandes mesas en Petersburgo, Moscou y Tobolsk.

Sin el rigor del frío, me hubiera sido muy agradable el paseo; pero, á pesar de mis pieles y acolchados, he sufrido mucho, y aun estoy toda entumecida. Al cabo de algunas horas, me ha repuesto completamente la buena temperatura que se disfruta en mi estancia.

Los trineos de que se sirven para un viaje largo, tienen la forma de una caja. Su interior está provisto de lechos de pluma y de pieles; los respiraderos están cubiertos de cortinillas de tela gruesa. Se viaja, no sentados sino acostados, y tan cómodamente como si se estuviera en la propia cama. Los siberianos no admiten otra manera de viajar.

8 *diciembre*.—Aquí no hay vidrios en las ventanas. En su lugar, se emplea una piel de pescado preparada al efecto. Esta piel es un preservativo contra el frío y el viento, y permite quitarle el hielo mas fácilmente; pero son causa de que las habitaciones estén tristes, sombrías, y que no pueda verse lo que pasa fuera.

Estamos en la época de las noches mas largas. El día dura solo tres horas, y se recibe con transportes de alegría la aparición del sol; pero se pone tan pronto, que no hay tiempo para calentarse con sus rayos: se asemeja demasiado á la felicidad de esta vida.

Aquí no hay relojes, ni aun en las iglesias. La oficina de policía (porque sino hay relojes, hay policía) posee un primitivo reloj de arena para marcar las horas: un cosaco tiene el encargo de dar vuelta al reloj cada media hora; hecho lo cual, vá á la iglesia y toca la campana con un martillo, dando los golpes necesarios para indicar la hora. El tal cosaco llena bastante bien sus funciones durante el día; mas por la noche se pierde en sus cálculos; y me acuerdo de haber contado en una noche de insomnio, hasta cuarenta y cinco horas; yo supuse que serian las doce.

Para hacer menos pesadas las eternas noches de invierno, hay hombres cuyo estado ó posición social consiste en ir por las casas contando historias, leyendas y cuentos. Esta especie de bardos no carecen de elocuencia. Uno de ellos vino ayer á mi casa: recuerdo su narración y voy á escribirla. Esto divertirá á mis hijos, si algun día leen mi viaje.

Cuento ostiako.

Un día se reunieron siete ostiakos para ir á caza. Cada uno de ellos habia enganchado tres renos á su trineo, y cada uno iba provisto de víveres, sin que se preocupasen gran cosa en la comida, pues estaban persuadidos de que con las piezas que de seguro iban á matar, llenarían sus necesidades.

¡Esperanza vana! Por espacio de tres dias consecutivos tuvieron desgracia en la caza; pero si su torpeza les ponía de mal humor, no por eso se desanimaban, y hacían nuevos esfuerzos para no pasar por la vergüenza de volver á sus casas con las manos vacías. Las piezas de caza eran, sí, un triunfo del amor propio, pero mas aun una necesidad; pues las familias de los siete cazadores estaban en la indignación.